

## Agua

\*

Corto. Separo el brazo del hombro una vez más. Lo dejo caer hasta sentir el dolor conocido. Soporto y tomo el tiempo. Llegar al medio minuto es la meta. Ahora lo vuelvo a colocar, tratando de encastrarlo como aprendí. Respiro. Trago la única lágrima.

\*

El agua está tibia en los tobillos. Me sumerjo hasta la cintura y miro la mitad de los cuerpos que están parados como el mío. Una mujer muy blanca se acerca y me habla de la temperatura del agua, me da detalles del cloro. Me pregunta si llevo alguna crema para usar cuando salga. Que si no tengo, ella me ofrece. Mira mi boca y no escucho lo que dice. Me sumerjo en cuclillas. Ella baja también, me mira con sus labios transparentes y se va nadando, dejándome entre burbujas.

\*

Me pienso sin brazos y procedo. Ambos estirados al costado del cuerpo con los codos por debajo de la cadera. Brazos largos y sin movimiento. Con piel que se estira y se seca de tanto estirarse. Torso. Giro hacia un lado y hacia otro con brazos desplegados. De a poco, acelero como aspas. Controlo y suelto. Brazos que vuelan. Chocan contra paredes. Ahora están flotando sobre el piso. Caen. Me inclino para agarrarlos, pero no sé cómo. Suspendo ejecución.

\*

Flora ríe mientras se traga la isla. Estalla en risas cuando la empleada le pregunta si quiere una cereza más. ¡Cómo sabe, eh! Muy rica, dice mientras se limpia los dedos con crema en las estrellas de las Vegas.

Flora me cuenta de Milus, de sus rastas pelirrojas y de los alfajores que lleva escondidos en su gorro de lana.

Entran a la confitería unas mujeres con aros muy grandes y con algunas flores en las manos. Hay además una nena, las tres tienen rosas. Se sientan frente a nosotras. Flora las mira. ¿Qué me miran? No te están mirando. Sí, la miran. Ahora soy yo quien las observa. Bajan la vista. La nena espía de costado. La mujer, que tiene un prendedor en el saco con la cara de Sandro, le habla y le pregunta a la nena si le pasa algo. Flora me dice que es la hora de volver, que

no quiere que la reten. Pido la cuenta. Salimos. En la calle pisamos pétalos de rosas rojas. Son cientos. Imposible contarlos. Flora pregunta si puede agarrarlos. Están fríos. Los juntamos rápido y los metemos, apretándolos, en los bolsillos de su campera.

\*

*En el vientre de las madres hay burbujas y mucho silencio*, me dijo una vez Flora y me abrazó fuerte, tanto que me faltó el aire por mucho tiempo. Que yo no sabía pero que en mi panza vivía una gran familia de peces, de esos que se compran en bolsitas y que, si comía apurada, alguno de ellos iba a querer escapar por mi boca. Entonces, tenía que tomar mucha agua y además no fumar. Compré peces para Flora aquella vez. Cinco. Cinco peces. No recuerdo los colores.

Esa madrugada desperté casi ahogándome. Los peces estaban en mi boca. Escupí como pude. Y después tragué. Flora lloraba. A la tarde, enterramos ojos y aletas. Flora se encargó de tirar pimienta y sal para alejar a las moscas de la ventana.

Ese día dormimos la siesta abrazadas.

\*

Nada recto sobre línea boyada. Ella viene hacia mí y me invita al mar clorado. Me toma brazos y observo su mano acaracolada que no termina de abrirse, acomoda dedos para poder tomarme. Le digo que no sé nadar. Que solo me muevo donde hago pie. Que es por la columna que estoy. *No sé nadar*.

Me pregunta si tomo clases. Respondo que no y río. Traba mano en mi brazo. Habla de los sistemas de seguridad de la pileta, pero yo solo siento presión de su mano sobre brazo izquierdo. Como acto involuntario toco, con ese mismo brazo, cicatriz rosa en codo derecho. Ella llega también a mi codo. Cuento cinco y me suelto. Ella sale al océano y desaparece.

\*

Mezcla con pez. Parece una sirena que pasa detrás de mí y me roza. Camino con la marea y llego al ángulo. Me siento y me sumerjo hasta los hombros. Abrazo rodillas y miro. Nada. Tiene movimientos imperfectos en las brazadas. Entonces, sigo sus brazos. Es la mano derecha la que no se abre. Veo cómo se acomoda las antiparras, cómo fuerza la mano para que no se le trabe. Vuelve al océano. La pierdo de vista. Recuerdo la conversación sobre la crema.

Sus labios transparentes. De pronto, emerge. Me mira. Camina algunos pasos y vuelve a sumergirse. Con la cabeza erguida nada hacia mí. Suelto las piernas y me paro. Ella llega. Apoyada en el borde a centímetros de mí se saca las antiparras y el gorro. El pelo es largo y negro. Cae como cascada. Me mira. No sé qué decir. Pasa por delante y sube por la escalera. Veo su codo derecho, una cicatriz rosa lo cubre. Tengo ganas de llorar. Entonces siento que es la criatura más bella que jamás haya visto.

\*

Me desplazo por el rectángulo celeste. Me sumerjo. Abro ojos. Veo piernas y vientres flotando. Sigo hasta una pared lateral. Asomo. Respiro. Vuelvo a la sal. Me inclino hacia atrás para flotar. Cierro ojos. Suspendida abro brazos y piernas. Me desplazo. Vuelo.

La medusa me espera en la otra orilla, parece estar fumando mientras me mira. Me deslizo sin quitarle la vista de encima. Estoy cerca. Muevo piernas imitando a los que nadan y avanzo. Levanto brazo derecho hacia atrás, que cae y salpica. Detengo trayecto por dolor agudo en el hombro. Con mano izquierda lo abrazo durante unos segundos. Vuelvo la mirada hacia la medusa. Miro hacia todos lados. Ya no la encuentro.